

DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ALIMENTOS EN FAMILIAS CAMPESINAS DEL MUNICIPIO DE MARMATO (CALDAS), COLOMBIA¹

G.T.No. 26. Sociología del cuerpo y las emociones

Sandra Milena Franco Patiño²

Resumen

La alimentación es básica para el sostenimiento de la vida. Con ella no sólo se alimenta a los seres humanos, sino que también mediante el acto alimentario se enseñan y aprehenden creencias, valores y prácticas socioculturales para la reproducción de la vida social. En esta ponencia se describir los sistemas culturales de género que orientan la distribución y el consumo de alimentos en familias campesinas del municipio de Marmato (Caldas, Colombia). Por una parte, se muestra las creencias y las prácticas de género que fundamentan la organización familiar y social en torno al consumo alimentario y, por otra se ubica el papel que juegan las mujeres como madres/esposas en la reproducción o la transformación de la desigualdad en el consumo de alimentos en la familia.

Palabras claves: Género, consumo alimentario, familias campesinas.

EAT MORE MEN: GENDER DIFFERENCES IN THE DISTRIBUTION AND FOOD CONSUMPTION OF FARMER FAMILIES MARMATO (CALDAS), COLOMBIA

Food is essential to sustaining life. With it not only feeds people, it also taught and apprehend beliefs, values and cultural practices for the reproduction of social life. This paper discusses cultural gender systems that guide the distribution and consumption of food in farming families Marmato (Caldas, Colombia). On the one hand, it shows beliefs and practices underlying gender family and social organization around food consumption and the other shows the women role as mothers/wives in the reproduction or transformation of inequality in food consumption in the family.

Key Words: Gender, consumption food, farming families

Introducción

La alimentación es un acto complejo, en ella se ponen en juego factores biológicos, psicosociales, los constreñimientos genéticos y los factores de carácter cultural como la clase social, la edad, el género, la identidad, el grupo étnico y a su vez, las opciones y las preferencias alimentarias cotidianas (Gracia Arnaiz, 2002). Es por eso que, en la elección, la distribución y el consumo alimentario se configuran dimensiones simbólicas y nutricionales, coexistentes y emergentes en dichos actos. Al respecto Montanari (2004) afirma que: “los comportamientos alimenticios son fruto no solo de valoraciones económicas, nutricionales o saludables perseguidas racionalmente, sino de elecciones (u obligaciones) ligadas al imaginario y a los símbolos de los que somos portadores y, de algún modo, prisioneros”.

¹ La discusión teórica y empírica de esta ponencia se fundamenta en una parte de los resultados de mi tesis doctoral concluida en el 2013, denominada “El sostén de la vida: La alimentación familiar como trabajo de cuidado”.

² Docente investigadora del Departamento Estudios de Familia de la Universidad de Caldas (Colombia). Doctora en Ciencias Sociales de FLACSO (Argentina). Sandra.franco@ucaldas.edu.co

Situada en la perspectiva cultural y simbólica de la alimentación familiar, esta ponencia busca describir los sistemas culturales de género que orientan la distribución y el consumo de alimentos en familias campesinas del municipio de Marmato³ (Caldas, Colombia). Los datos empíricos que sustentan esta presentación, provienen del trabajo etnográfico realizado durante los meses de agosto/ noviembre del 2010 con inserción completa en las veredas⁴ La Cuchilla y El Llano⁵ de dicho municipio. Dado que el análisis busca reconocer las creencias y las prácticas familiares, los datos muestran las singularidades por familias y roles de quien habla, por esta razón los relatos que ensamblan las voces de los actores identifican el tipo de familia (nuclear, extensa, unipersonal), el rol parental desde el que habla (esposo/sa, padre, madre, hija/hijo etc), la edad de quien habla y el ciclo de vida familiar (expansión, escolar, nido vacío).

A fin de dar cuenta de las ideas y las creencias de género que fundamentan las prácticas familiares en torno a la distribución de los alimentos en el hogar y el consumo de los mismos, según diferencias de sexo, edad y ocupación, se presentan cuatro grandes categorías emergentes de las entrevistas familiares que explican las diferencias en la distribución y el consumo alimentario:

1. la alimentación como una necesidad humana fundamental. Se reconoce que el hambre es una sensación fisiológica que debe ser satisfecha por todos los seres humanos para garantizar su sobrevivencia; no obstante, los alimentos que se proveen a los sexos para satisfacer tal necesidad dependen de las ocupaciones o los trabajos que lleven a cabo.
2. Los hombres comen más y las mujeres comen menos, es la creencia socio cultural antioqueña y colombiana que fundamenta la regulación familiar y social del consumo. Mientras que a los hombres se le permite y se espera que consuman alimentos en mayor cantidad, a las mujeres y los menores en las familias se les restringe o delimita éste.
3. Una buena comida, un derecho masculino da cuenta de la ideología patriarcal y machista sobre la cual se considera que los hombres en calidad de proveedores económicos se hacen acreedores del derecho a la atención por parte de los demás miembros de las familias, derecho que se expresa en servirles una buen comida, en la que se demuestre el esmero y la dedicación a atenderlo.
4. La estética del cuerpo, un valor de las mujeres, es una categoría que expresa gran parte de los cambios acontecidos en los últimos años respecto a las regulaciones sociales de cierta estética corporal que demanda especialmente para las mujeres privaciones en el consumo.

³ Marmato se ubica al noroeste del Departamento de Caldas, a una distancia de 142 Km de Manizales, la capital del departamento. Este municipio integra la región del Alto Occidente Caldense, tiene una altura de 1.300 metros sobre el nivel del mar, una temperatura media de 27.8 °C y mínima de 17.2 °C. Su casco urbano está conformado por 10 sectores o barrios agrupados y El sector rural lo conforman 9 veredas y 25 parajes. Es un municipio mayoritariamente rural 86% (7.053) de su población se concentra en esta zona y 14% (1.122) restante habita la zona urbana (DANE, 2005). Del total de población, el 49% son mujeres (3.944) y el 51% son hombres (4.231). El 34% de la población está en el rango de 4 y 14 años, el 60% está entre 15 y 64 años, es decir, predomina una población adulta, económicamente independiente, mientras que el intervalo de 65 a 99 años reúne solo el 5.1 % de la población.

⁴ La vereda corresponde a la división político – administrativa para designar un conjunto de viviendas que comparten un espacio geográfico en las áreas rurales. Las veredas en el área rural corresponde a lo que son los barrios en el área urbana.

⁵ La selección de estas dos veredas obedece a las particularidades que cada una presenta y que dan cuenta de la singularidad que caracteriza a este municipio. Mientras la vereda La Cuchilla se ubica en la zona norte del municipio, cuyo sustento económico se basa en la producción del café bajo sistemas de explotación propios de economía campesina, y su población pertenece e identifica como mestiza antioqueña e indígena; la vereda El Llano, se ubica en la zona sur del municipio, fundamenta su economía en la explotación artesanal e industrial de la minería y la población se caracteriza por pertenecer e identificarse como de origen negro o afrocolombiano y de costumbres antioqueñas. Estas diferencias enriquecieron la mirada cultural respecto al objeto de estudio.

1. Alimentarse como una necesidad humana

El fuego concentrado en la cocina constituye la representación simbólica del calor de hogar. Esta representación se constata en los discursos de los actores familiares quienes destacaron que los alimentos cumplen por lo menos dos funciones básicas: orgánica y social.

Orgánicamente, se reconoce que el cuerpo humano requiere alimento para su funcionamiento fisiológico, para tener una salud adecuada y prevenir enfermedades, denominado por los actores como *'los alimentos son necesarios'*, es decir, son un requerimiento imprescindible que debe satisfacerse continuamente para permitir la existencia de la persona y evitar la debilidad del cuerpo que reduzca la capacidad de trabajo. Desde esta función los alimentos sostienen la vida, nutren el organismo, ofrecen fuerza física para trabajar y desarrollar otras actividades, de manera que las personas sean saludables. *'Se come para trabajar y se trabaja para comer'* es la manera como los actores familiares describen esta relación, al ser dos aspectos centrales que constituyen la vida de los sujetos.

“Car (esposa/hija/madre) los seres humanos tenemos que utilizar los alimentos para poder trabajar, si no se come uno se debilita.

As (madre/ abuela/suegra) Si no se come, se aguanta hambre.

Ed (esposo/yerno) sin alimentos uno se debilitaría todo, si no se alimenta uno se pone débil, se enferma” (FaBaAce, extensa, nido vacío).

“la comida es importante para la vida de uno, el sostenimiento. Mientras uno esté viviendo y esté trabajando uno la necesita a diario, para poder sostenerse” (HoUni, Bañol, hombre, 60 años).

Desde esta perspectiva comer es una actividad primordial e involuntaria común a todos los seres vivientes, el hambre se siente y como tal hay que satisfacerla. Lo que sí es regulado socialmente son los momentos, los horarios, el tipo de alimentos que se consumen y los comportamientos en la mesa; el encuentro regularizado y pautado respecto al proceso de alimentación permite superar el nivel instintivo y fisiológico de satisfacer el hambre, para convertirse en un proceso socializador que supera la significación personal (Simmel, 1986).

Conforme al reconocimiento de la función orgánica de los alimentos, las familias procuran hacer comidas variadas en términos nutricionales (que haya alimentos de los diferentes grupos), en la forma de preparación (sopas, jugos, tortillas, tortas, postres) y en los platos que se hacen cada día.

2. ‘Los hombres comen más, las mujeres comen menos’

Aunque se considera que la alimentación sostiene la vida de las personas y que es necesaria para obtener salud y nutrición como condición de bienestar, desde la ideología de género existe una valoración diferencial respecto al consumo por sexo. En ambas zonas, las familias regulan el impulso del hambre mediante un conjunto de reglas y prácticas que sostienen la creencia generalizada de que *'los hombres comen más, las mujeres comen menos'*. Las justificaciones para estas diferencias son de orden biológico y cultural.

Biológicamente se apela a las particularidades fiso-anatómicas que caracterizan a los sexos para justificar las jerarquías en la distribución de los alimentos y el consumo. Se aduce que fisiológicamente los hombres sienten con mayor frecuencia apetito porque el desarrollo del cuerpo y la fuerza física exige una alta dosis de nutrientes que los haga *'fuertes'*. En esta perspectiva, la apetencia es eminentemente orgánica, una condición innata. Asimismo, argumentan que por el *'trabajo material'* que realizan, el gasto energético y calórico es superior al de las mujeres quienes, por *'permanecer'* en la casa -un permanecer que se asocia con quietud, con realizar actividades constantes pero de bajo

esfuerzo físico-, no sólo no sienten hambre, sino que además no requieren los mismos alimentos para llevar a cabo sus labores.

“Uno trabajando consume más comida que la mujer. La mujer consume poquito y dice que se siente llena y uno hay veces que repite la comida, se siente como flojo con el alimento que le sirven y vuelve y repite (HoUniBa, hombre, 60 años, LaCu).

“De pronto la actividad física del hombre es más, entonces a la vez requiere mayores energías, desgasta más, entonces debe incorporar más comida” (FaOrBe, nuclear, adolescente, esposo, 48 años)

“(Esposa, 37 años) Nosotras no comemos tanto, yo creo que si yo trabajara, si a mí me tocara trabajar e irme todo el día como él, tal vez sí. (Esposo, 38 años) yo digo q mucho tiene q ver el desgaste físico del hombre, porque para uno siempre el trabajo es más rudo y yo tengo tiempos donde le cuento que es más fácil darme un estrén todos los días que llenarme” (FaBaMo, nuclear, escolar, adolescente, LaCu)

“Pues yo, como a ellos están trabajando mucho, digo sirvámosles pues sirvámosle harto, porque ellos trabajando gastan mucha energía” (FaCas, extensa, escolar/adolescente, esposa/madre, abuela, 60 años, Lla).

“(Esposa, 35 años): es que mire que ellos tienen que tener muchas fuerzas para poder mover ese coche que es tan pesado con esas cargas de minerales, entonces tienen que alimentarse bien. Entonces le sirvo arto y le digo es que usted trabajando allá en ese molino o en la mina debe tener buena fibra” (FaGilSal, nuclear, escolar/adolescente, Lla).

Las particularidades anatómicas y biológicas como criterio para diferenciar y regular el consumo a hombres y mujeres, va más allá del sentido común o las creencias culturales al respecto, tiene un fundamento nutricional que indica que el sexo, la edad y la ocupación son variables que inciden en los requerimientos calóricos de las personas. Nutricionalmente, se estipulan medidas estándar en relación con la cantidad de nutrientes mínimos que hombres y mujeres requieren para sostener las funciones corporales del organismo que permitan una salud y rendimiento óptimos. La menor talla de las mujeres, el curso de vida (niño, adolescente, adulto, anciano), la presencia de enfermedades, el tipo de actividades son factores que inciden en las necesidades de consumo, siendo coincidente entre los nutricionistas señalar que por procesos bio químicos del organismo, los hombres requieren un mayor consumo calórico.

Sumado a lo anterior, las justificaciones de la distribución y el consumo diferenciado para cada sexo se asientan en la tradición cultural colombiana de que los hombres deben recibir la mejor comida disponible en el hogar (Restrepo, 1999) y la costumbre manducatoria del complejo antioqueño en el que la abundancia de comida es criterio para evaluar la solvencia económica familiar, particularmente de las familias que habitan las zonas rurales en las que como se vio, es requisito disponer de comida suficiente para alimentar a la parentela y al que llega. La preocupación por la composición nutricional de las comidas es de reciente data⁶, lo realmente importante era disponer y ofrecer alimentos en abundancia. La cantidad, más que la calidad, es la representación máxima del bienestar familiar y de que el esposo o jefe del hogar es cumplidor de sus compromisos.

⁶ Los discursos centrados en la nutrición han cobrado fuerza en las últimas tres décadas aproximadamente. Primero, como producto de la acción institucional -gubernamental y no gubernamental- en la materia, para intervenir los niveles de desnutrición en la población infantil. Segundo, como resultante del discurso social en torno a los desórdenes alimentarios de la población, que emergieron sobre todo durante la década del '90.

“Lo que pasa es que la cultura de nosotros ha sido equivocada. Desafortunadamente para nuestros padres y para la gente antepasada comer bien no radicaba en lo que se comía sino en la cantidad. Entonces decían “es que aquí si se come”... pero porque le servían a uno unos platos con morro; entonces la gente medía la calidad de la comida por la cantidad, mas no por... digamos, no se tenía claro que si este alimento me aporta un nutriente pues este también tiene el mismo, entonces no hay necesidad de comer los dos nutrientes al mismo tiempo, los dos alimentos...” (FaOrBe, nuclear, adolescentes, esposo/padre, 48 años, LaCu).

“Comer bien es comer *arto*, que lleve su sopita y su seco, bastantico; más de lo normal” (FaResGi, nuclear, adolescente, madre/esposa, 35 años, Lla).

En tal sentido, el consumo de alimentos no es sólo la respuesta a una necesidad orgánica, sino también la expresión de aprendizajes culturales anclados en la tradición de sus antepasados respecto a lo que es considerado un alimento y las formas de consumirlos en términos de su apariencia, gusto, textura, sabor. Conforme a los aprendizajes y tradiciones, los progenitores en las familias desarrollan prácticas de distribución de los recursos alimentarios. Los hombres desean ver platos llenos, piden más comida porque sienten que la requieren, porque les gustan las preparaciones y porque así fueron enseñados; a su vez, las mujeres por costumbre les sirven en mayor cantidad, les ofrecen para que repitan y procuran darles lo mejor, mientras que a las hijas u otras parientes mujeres se les regula el consumo: se les da menos, no se les ofrece repetir, si la comida no alcanza serán ellas quienes queden sin comer.

“De pronto puede ser la costumbre de que el hombre se enseñó desde hace años que se le daba bastante y yo veía en muchas familias que la carne más grande era para el hombre... entonces sé que la comida más bastante sí es para él, pero es como una costumbre, porque yo me he puesto a analizarlo a él y a veces le digo, cómase esto porque no hay más comida... quedó poquita y él queda lleno, entonces si ve es como una costumbre de que como yo veo harto me da apetito” (FaBaMo, nuclear, escolar/adolescente, esposa, 37 años, LaCu).

“Pues la verdad es que a uno le sirven y uno dice ¿no hay otro poquito?, o a veces dice uno ‘no hay más’, pero hay otros que es por costumbre, como al papá le daban un platadote y entonces siguen con esa costumbre” (FaBeTa, nuclear, escolar/adolescente, esposo/padre, 34 años, Lla).

Inclusive bajo restricciones materiales para el acceso a los alimentos como ocurre en El Llano, las mujeres disponen los mejores productos para sus hijos hombres, aún a costa de eximirse ellas del consumo. Así lo constaté en las observaciones participantes de las visitas familiares, como el caso del hogar unipersonal, mujer de 65 años, se alimenta de las ayudas que recibe por el programa de adultos mayores de la Alcaldía municipal y de la iglesia a la que asiste. Sin embargo, cuando su hijo menor (casado, que vive en un municipio aledaño y trabaja en Marmato) la visitó, ella le ofreció su almuerzo y además fue a fiar carne para ofrecerle. Cuando le consulté por ese comportamiento adujo *‘es que él me visita muy poco y trabaja muy duro, entonces yo le doy comidita... siempre que el viene yo le doy algo porque viene muy cansado’* (Diario de campo, octubre 5 del 2010).

3. Una ‘buena’ comida: Un derecho masculino

Adicionalmente, la creencia y la práctica cultural de que los hombres requieren más alimentos y los de mejor calidad, se ven reforzadas por el sistema normativo que indica que los esposos al hacer un mayor esfuerzo por traer dinero y comida a la familia se hacen merecedores al derecho de comer lo

mejor; en consecuencia, una buena esposa compensa la exigente labor, preparando y ofreciendo en forma constante alimentos de buena calidad. Se entiende que los esposos merecen una buena comida antes y después de que vuelven del trabajo y su preparación exige que las mujeres pasen una cantidad de tiempo significativo en esta labor. En este aspecto concuerdan las mujeres de la Cuchilla y el Llano, para ellas no sólo es necesario sino también justo cumplir con este deber, tal y como se evidencia en la discusión de los grupos focales.

“(Mujer1): pues desde que el hombre esté trabajando y que llegue a la casa, llegue del trabajo y uno no le ofrezca nada porque yo no hice, no es justo, eso para mí no es justo, porque él llegar bien cansado y uno decirle que se haga eso cuando lo que necesita es descanso, No, no me parece...(Mujer 2): Es que supongamos un hombre que trabaja bien duro y tener que levantarse también a hacer el desayuno pa’ despacharse, a mí no me parece justo eso, yo he sido una mujer muy considerada en ese sentido y también si un hombre va a llegar por la tarde bien cansado, caloroso, qué se va a poner a cocinar, tener que servirse o lavar losa por la noche, no me parece...” (Grupo focal mujeres, septiembre 15 de 2010, LaCu).

“(Mujer 1: Pues vea, si mi esposo es un minero que le toca trabajar bien duro de seis a seis, cómo, con qué cara va a llegar a la casa y yo lo voy a poner a que haga la comida, a mí no me parece justo porque él llega cansado. Para eso estoy yo en la casa. (Mujer 2): Sí, es que sí uno se queda en la casa, uno estando ahí es distinto cierto, pero sí ellos no trabajan y prácticamente echados en la casa ahí y uno bien ocupado y ellos no hagan nada, esperando que uno los atienda, No, pero sí ya llegan cansados de trabajar...es distinto” (Grupo focal mujeres, agosto 30 2010, Lla).

La práctica de compensar el empleo de los hombres con una buena comida fue relativizada por algunas esposas del Llano. Esto debe ser así cuando el esposo sea el único proveedor, si está desempleado, dispone de tiempo en algunos momentos del día o en el caso de que sea una familia donde la pareja participe del mercado de empleo, se pierde el derecho, porque ambos estarían en la misma situación (estar en casa y/o estar empleados), por lo tanto la atención alimentaria debe ser compartida. Sin desconocer el componente ideológico que subyace a este comportamiento, el argumento de estas mujeres permite ver que la atención preferencial con la que se trata a unos y otras en la familia, es una manera de marcar los rangos y el status que los miembros tienen en la organización del grupo, rangos y status que suelen estar asociados a la capacidad económica.

“Mujer: Es que eso depende (risas). Sí, porque si se supone que todos dos trabajamos –como es mi caso- y por decir algo él llego primero y disque allá bien echado esperando que yo le sirva, y abre la puerta y disque “hay tengo un hambre”, y yo eh miyo, entonces ahí sí como que choca porque bueno yo también llegué cansada y qué le pasa pues, vea allá está todo listo, no es sino que conecte la arrocera, póngase mosca, pero él dice “estoy tan cansado”, bueno yo también. No sólo que uno le hace, sino que también hay que servirle, entonces no, ahí no me parece justo, no debe ser así” (Grupo focal mujeres, agosto 30 2010, Lla).

Pese al arraigo de esta costumbre, en el imaginario de las mujeres -especialmente las más jóvenes- empiezan a visibilizarse pequeños cambios respecto a las creencias en torno a las prácticas de alimentación familiar como resultado de la intervención institucional y de la crisis económica, que transforman la concepción cultural que sostiene las diferencias de consumo de alimentos según el sexo, hacia concepciones más igualitarias. En el primer caso, la capacitación informal ofrecida por las instituciones (Comité de Cafeteros, Alcaldía Municipal, colegio, puesto de salud) orientada a enseñar los contenidos nutricionales de los alimentos y la importancia de procurar una alimentación balanceada

y equitativa ha permitido a las mujeres ampliar el conocimiento común adquirido en la experiencia, lo que favorece el aprovechamiento de los alimentos producidos en la zona mediante preparaciones diversas que faciliten el consumo y contribuye a desmitificar creencias equivocadas respecto al consumo de ciertos alimentos. En el segundo caso, la disminución de ingresos familiares ocasionada por la crisis cafetera y la desprotección política del campo obligó a los campesinos a reducir la abundancia en los alimentos. Ante la escasez o limitación, los pocos alimentos disponibles obligan a hacer un reparto equitativo entre los miembros de la familia; así, la carne como principal componente de una comida no es más única y exclusiva para el hombre proveedor, esta se reparte por lo menos entre los hombres jefes de hogar y los niños y las niñas pequeñas porque se reconoce que al estar en crecimiento éstos necesitan alimentarse bien. Aunque se observan leves cambios en las mujeres respecto a las costumbres aprendidas en las familias de origen sobre la distribución de alimentos, permanece la idea de que sus familiares son merecedores de la mejor atención aún a costa de su propio cuidado, ellas siempre se ubican en el último lugar, por eso, cuando hay poca comida o no alcanza para todos ellas no se sirven y se automarginan.

4. La estética del cuerpo, un valor de las mujeres

Además de los argumentos biológicos y culturales mencionados, en la vereda el Llano hombres y mujeres justificaron las diferencias del consumo por sexo desde el componente estético; es decir, las mujeres comen menos para *'no engordar'*, *'para tener un buen cuerpo'*. Una posible explicación a esto es, por una parte, que ellas están más expuestas a la influencia de los medios de comunicación (cuentan con televisión y cable, servicio de internet) y a la influencia cultural de las ciudades capitales (Manizales, Medellín, principalmente) -a las que acuden con más frecuencia por contar con más facilidades de movilidad- que cada vez más imponen un ideal estético del cuerpo imposible de alcanzar. Mientras que las mujeres de la vereda La Cuchilla salen eventualmente, por lo regular ante situaciones de extrema necesidad, luego su exposición con otros modelos, representaciones y significados del cuerpo femenino no cobran tanta fuerza en su pensamiento, como sí lo es en el Llano. Por otra parte, a que la mitad de las madres/esposas de las familias participantes de este estudio (cinco de diez) son mujeres en edades entre 24 y 30 años, amas de casas, quienes en razón de su edad se preocupan por la imagen corporal que proyectan; en cambio las esposas/madres de La Cuchilla, además de superar en la casi totalidad de los casos los 33 años y más, su preocupación no es tanto por el cuerpo desde el punto de vista estético, sino desde el punto de vista de su capacidad física para poder llevar a cabo todas las tareas del campo (desyerbar, cortar leña, sembrar, entre otras)⁷.

⁷ En el trabajo de campo no exploré hasta dónde existe una presión social o masculina de un ideal de mujer asociado con su imagen corporal, ni el peso que esto tiene para la construcción de la identidad femenina, por desbordar los propósitos de este estudio. ¿Cuáles son las representaciones sociales y familiares sobre el cuerpo femenino en el campo y en la ciudad? es una línea de estudio interesante de explorar.